

bam
bú

THEODOSIA

Y LOS OJOS DE HORUS



Traducción de Patricia Mora

R. L. LAFEVERS

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

Título original: *Theodosia and the Eyes of Horus*

© 2011, R. L. LaFevers, por el texto
© 2011, Yoko Tanaka, por las ilustraciones
© 2023, Patricia Mora, por la traducción
© 2023, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Mercè López
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2023
ISBN: 978-84-8343-935-7
Depósito legal: B-12998-2023
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión
de este libro procede de bosques
gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).

CAPÍTULO I

EL GRAN AWI BUBU



23 de marzo de 1907

Detesto que me sigan. Sobre todo, detesto que lo haga una panda de adultos lunáticos que van por la vida creyendo que son ocultistas. Por desgracia, los acólitos del Sol Negro estaban dándolo todo aquel día. Vi al primero en la calle High y, para cuando llegué al teatro Alcázar, dos más me pisaban los talones.

Eché un vistazo a la escasa afluencia de personas que aguardaba a las puertas del desprestigiado teatro y me dio un vuelco el corazón en cuanto me di cuenta de que Will Dedoslargos aún no había llegado. Como no sabía qué hacer, me puse en la cola de la taquilla y comprobé si aún me seguían. Uno de ellos estaba apoyado en la fachada del edificio de enfrente, mientras que el otro se encontraba inclinado contra una farola y fingía que leía el periódico.

–Si no va a comprar una entrada, quítese de la cola –me espetó una voz en tono áspero.

Aparté la mirada de mis perseguidores y descubrí que la vendedora me estaba hablando. Mientras yo dedicaba mi atención a otros menesteres, la cola había avanzado y era mi turno.

–Perdone –mascullé, dejando una moneda en el mostrador.

La mujer la recogió y me entregó una entrada de papel de color verde.

–¿Siguiente? –llamó.

Cuando me alejé de la taquilla, todavía no había ni rastro de Will. Sin quitarle ojo a los tipos del Sol Negro por si echaban a correr de repente, me acerqué al cartel que había pegado en la pared de ladrillo cochambrosa.

¡PRESENTAMOS

AL GRAN AWI BUBU!

¡HACE MAGIA EGIPCIA DE VERDAD!

La vívida imagen mostraba a un hombre ataviado al estilo egipcio levantando una momia.

Estaba bastante segura de que, hiciese lo que hiciese, el gran Awi Bubu no hacía magia egipcia. Seguramente se tratase de un charlatán que se aprovechaba del ferviente interés que sentían los londinenses por todo lo relacionado con Egipto.

Aunque tampoco es que yo tuviera nada que ver con eso; al menos, no de forma intencionada. Que las momias se pusieran a pasear por todo Londres no había sido culpa mía en realidad. ¿Cómo iba a saber que existía un báculo que despertaba a los muertos? ¿O que estaría escondido en el sótano del Museo de Leyendas y Antigüedades? Le podría haber pasado a cualquiera.

Will Dedoslargos había sido esencial a la hora de resolver el embrollo y, de paso, se había enterado de la relación tan insólita que tengo con los objetos del museo de mis padres. En mi opinión, sabía demasiado; pero ya no tenía remedio.

Sin embargo, desconocía que era la única que percibía las maldiciones malignas y la magia negra que seguía presente en los objetos. O hasta dónde llegaban mis conocimientos sobre los rituales y las prácticas del antiguo Egipto que usé para levantar las maldiciones. Pero había visto algo de magia en acción y lo que era capaz de hacer con ella la gente sin escrúpulos. Así que Will se pasaba una buena parte de su tiempo explorando Londres en busca de más magia egipcia, decidido a demostrar que estaba listo, dispuesto y capacitado para enfrentarse a las fuerzas oscuras que nos rodeaban.

Y por eso yo me encontraba hoy delante del teatro Alcázar, con la entrada arrugada en la mano, después de que todos los demás ya hubieran entrado. Los tipos del Sol Negro que estaban en la acera contraria (se hacían llamar Escorpiones, en honor de un antiguo mito egipcio) también parecían haberse dado cuenta de que la gente había desaparecido. Al ver que no quedaba nadie, uno de los Escorpiones (creo que se llamaba Gerton) decidió ponerse en marcha. Se alejó del edificio y se dispuso a cruzar la calle.

Estuviera Will o no, debía entrar. Cuando me volví hacia la puerta, oí por detrás de la taquilla un sonido fuerte y húmedo, como de sorberse los mocos. Solo conocía a una persona que pudiera convertir una nariz llena de mocos en una tarjeta de visita: Mocosito.

Me apresuré a doblar la esquina y casi me choco con uno de los hermanos pequeños de Will. Llevaba un llamativo chaqué a cuadros que le quedaba tan largo que iba prácticamente arrastrándolo por el suelo. Se había arremangado las mangas varias veces y me miraba bajo un enorme bombín que llevaba encajado en las orejas de soplillo.

–Llega tarde –me dijo.

–Claro que no. Llevo un montón de tiempo esperando. ¿Dónde está Will?

–Ya está dentro. Sexta fila junto al escenario, sección central, en pasillo. Dice que se dé prisa. La actuación está a punto de empezar.

–¿Tú no vienes?

–Os veré dentro –se limitó a decir antes de desaparecer por la calle.

Tras buscar de nuevo a Gerton con la mirada, me dirigí a la puerta del teatro, le entregué la entrada al portero y entré.

El vestíbulo estaba desierto, pero oí una melodía a lo lejos que procedía de un piano desafinado. Abrí la puerta que daba al auditorio y descubrí que ya habían apagado las luces. Dejé que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad y respiré aliviada al reconocer a Will en la sexta fila. En realidad, era fácil de distinguir, ya que no dejaba de girarse para mirar a su alrededor. Sin duda, andaba buscándome.

En cuanto me vio, me saludó. Me apresuré a sentarme en el asiento vacío que había a su lado.

–¿Por qué ha tardado tanto? –preguntó.

–Llevo un montón de tiempo esperando fuera –respondí–. ¿Dónde estabas?

Antes de que pudiera responder, Mocosó y otro chico aparecieron en el pasillo.

–Déjenos pasar –me apremió Mocosó.

Encogí las piernas hacia un lado para que pudieran hacerlo. El segundo chico se quitó la boina de *tweed* cuando pasó a mi lado y reconocí los rasgos finos y esqueléticos de otro de los hermanos de Will: Rata. Nos conocimos brevemente a bordo del Dreadnought durante una serie de circunstancias de lo más per-

turbadoras. Aun así, inclinó la cabeza como saludo.

–¿Cómo os habéis colado? –le susurré a Mocoso.

Este miró a Will, que hizo todo lo posible por no mirarme a los ojos.

–Hemos usado una entrada secundaria, señorita. Ahora, silencio; está a punto de empezar.

Entonces, la melodía del piano sonó más fuerte y con más ritmo. Las cortinas se abrieron. Me recliné en el asiento abollado y hecho jirones y decidí disfrutar del espectáculo.

El escenario tenía dos palmeras falsas, una pirámide que parecía hecha de papel maché y media docena de antorchas encendidas. En medio habían plantado un sarcófago. La música se detuvo y el teatro se quedó tan silencioso que se oía hasta el siseo de las lámparas de gas. Poco a poco, la tapa del sarcófago empezó a abrirse, se cayó por un lateral con un golpe sordo y, entonces, una figura emergió de su interior.

–El gran Awi Bubu –entonó una voz grave desde algún sitio fuera del escenario– les mostrará a continuación las grandes hazañas de la magia egipcia. Esta magia es antigua y peligrosa y advertimos a la audiencia que deberá hacer lo que ordene el mago para evitar cualquier posible calamidad.

El mago era un hombre delgado y arrugado que, siendo justos, sí que parecía descendiente de los egipcios. Tenía la cabeza calva y bastante grande. Llevaba un par de anteojos de alambre sobre la nariz ganchuda que le daban la apariencia de una cría de pájaro muy anciana. Se cubría con una túnica de lino blanco y cuellos coloridos que se asemejaba vagamente a un vestido del antiguo Egipto.

Se acercó a una cesta que había en la delantera del escenario. Will me clavó un codo en las costillas.

–Atenta, señorita –susurró.

–Lo estoy –le repliqué. ¿Qué se pensaba, que estaba ahí sentada con los ojos cerrados?

Awi Bubu sacó una especie de flauta de entre los pliegues de la túnica y empezó a tocar una tenebrosa melodía desconocida. Lentamente, se sentó delante de la cesta y se cruzó de piernas. Después de tocar durante unos instantes, la tapa empezó a levantarse, se balanceó con suavidad y acabó cayendo al suelo.

–Deben permanecer callados –nos instó la voz narradora en un tono susurrado–. Cualquier sonido repentino podría provocar un desastre.

Unos momentos más tarde, algo pequeño y oscuro se asomó al borde de la cesta. Pareció dudar un instante y, finalmente, salió corriendo en dirección al mago. Le siguieron más. Eran un montón de escorpiones. Me sacudió un escalofrío cuando empezaron a trepar por las piernas, el pecho y los brazos de Awi Bubu. Uno se atrevió a subirle por el cuello hasta quedarse quieto sobre la calva, como si fuera un sombrero macabro. Durante todo el proceso, el mago se limitó a tocar la flauta y no se inmutó.

Mientras la audiencia contenía la respiración, se escuchó un altercado en la parte trasera del teatro.

–¡Eh! ¡No pueden pasar sin entrada!

Giré el cuello y vi a dos hombres bien abrigados pasearse por los pasillos, rastreando las caras de la gente del teatro. ¡Más escorpiones! Aunque, esta vez, de los humanos.

Me agaché todo lo que pude en mi asiento, agarré el bombín de Mocosó y me lo coloqué sobre la cabeza intentando no pensar en los piojos. Aguanté la respiración y recé para que Gerton y Fell no me localizaran.

La extraña música escogió justo ese momento para detenerse súbitamente. Los dos Escorpiones se detuvieron en mitad del pasillo, dándoles a los porteros la oportunidad de alcanzarlos. Mientras examinaban todo el teatro, Awi Bubu abrió los ojos y, con una elegancia sorprendente, se puso en pie con los bichos aún pegados al cuerpo. La audiencia profirió un grito ahogado.

A mi lado, Will se estremeció violentamente.

–Es una asquerosidad, eso es lo que es.

–Debe de haber algún truco –le respondí en un susurro–. Los escorpiones son muy venenosos. Quizá les ha extirpado los aguijones.

Will me miró de reojo.

–¿Siempre intenta arruinar el suspense, señorita?

Antes de que pudiera responder, noté un codazo en las costillas.

–¿Me devuelve mi bombín, por favor?

–Perdona –dije, y le di el sombrero a Mocososo.

–¡Shh! –nos chistó alguien de las filas de atrás.

Fruncí el entrecejo, pero me ahorré la respuesta cuando la música volvió a la carga con unos cortos estallidos en *staccato*. Los escorpiones cambiaron de dirección y empezaron a bajarse del mago. Sin embargo, en vez de dirigirse de nuevo a la cesta, se abalanzaron hacia el borde del escenario. Una mujer gritó y la audiencia encogió los pies sobre los asientos.

–Silencio –nos recordó el narrador–. No provoquen a los animalitos del mago.

Toda la audiencia (incluida yo misma) mantuvo la respiración mientras los escorpiones se balanceaban en el borde. Por fin, con un último giro de las pinzas, volvieron en masa a la cesta.

La audiencia se relajó un poco cuando el mago se acercó al canasto para asegurarse de que los escorpiones permanecían allí. Aún no había entrado el último escorpión cuando se oyó un sonoro golpe que provenía del interior de la pirámide. Dos golpes después, algo se abrió paso por el escenario. Todos emitimos un pequeño grito al ver que una momia se alzaba pesadamente de la tumba. Miré de reojo a Will, que tenía los ojos tan abiertos y redondos como dos monedas. ¡Por favor, estaba claro que era un hombre envuelto en telas! ¿Cómo se dejaban engañar con algo así? No pensarían lo mismo si hubiesen visto una momia auténtica. Sobre todo, si hubieran tenido la mala fortuna de ver a una momia auténtica moviéndose, como me pasó a mí. No pude reprimir un escalofrío.

–Le pone a uno los pelos de punta, ¿verdad, señorita? –susurró Will, que se pensaba que me había estremecido por la momia del escenario.

Como no quería estropearle la diversión, me limité a contestar:

–Fascinante.

(*Fascinante* es una palabra maravillosa; tiene infinidad de sentidos).

La momia se paseó un poco por el escenario mientras la audiencia soltaba varios «oooh» y «aaah». Entonces se detuvo; parecía que se daba cuenta de la presencia de la audiencia por primera vez. Con una lentitud y una teatralidad pasmosas, empezó a caminar hacia el público, como si pensara bajarse del escenario y mezclarse entre nosotros.

–Awi Bubu parece haber perdido el control de la momia –dijo el narrador en tono agitado–. Rápido, antes de que sea demasiado tarde, deben lanzar monedas. Es lo único que detendrá a la momia.

¡Por el amor de Dios! ¿Qué clase de espectáculo era ese? Se oyó un tintineo poco entusiasta cuando algunas monedas cayeron al escenario. Por el rabllo del ojo vi que Will, Rata y Mocosó le tiraron algo a la momia. Ahí fue cuando empecé a enfadarme. Will y sus hermanos eran pobres, como la mayoría de la gente que venía a este teatro de poca monta. ¿Cómo se atrevían los propietarios a sacarles el dinero que habían ganado con el sudor de la frente?

Al fin, como si la hubieran derrotado las monedas, la momia regresó a la pirámide. El público se calmó, aunque yo me removí en mi asiento.

Las antorchas atenuaron su luz y dos tramoyistas vestidos de esclavos egipcios corrieron por el escenario. Mientras colocaban los ladrillos en el suelo, Awi Bubu se acercó a una de las palmeras falsas y sacó un plato de bronce que había escondido detrás.

—Para el siguiente asombroso truco de magia de Awi Bubu, necesitamos un voluntario. ¿Quién se ofrece?

Como un payaso desquiciado en una caja sorpresa, Will, Mocosó y Rata se pusieron en pie agitando las manos en el aire. Awi Bubu analizó detenidamente la audiencia y, finalmente, estiró un brazo largo y escuchimizado para señalar a Rata.

Este soltó un silbido de alegría y Will y Mocosó gruñeron de decepción. Un acomodador se acercó al extremo de la fila para llevar a Rata hasta el escenario. Cuando llegó, Awi Bubu le indicó que se colocara bocabajo sobre los ladrillos y dejó la vasija en el suelo junto a su cabeza. Uno de los tramoyistas encendió incienso y Awi Bubu vertió unas gotas de un frasco en el plato de bronce.

Di un brinco al reconocerlo. El gran Awi Bubu estaba recreando una ceremonia oracular del antiguo Egipto, ¡la misma

que Aloysius Trawley me había obligado a hacer unas semanas antes! Fuera quien fuese este mago, era evidente que conocía algunas de las prácticas verdaderas de la antigüedad. Eso sí que lo hacía interesante.

–Aparta todos los pensamientos de tu mente –le indicó el mago a Rata en voz baja y melódica–. Deja que se convierta en un lienzo en blanco para que los dioses puedan comunicarse a través de ti –entonces empezó un cántico–: Horus, invocamos tu poder y tu fuerza. Abre los ojos de este niño a tu sabiduría.

Di un respingo en mi asiento. Esas eran las mismas palabras que había usado Trawley. ¿Pertenece Awi Bubu a la Orden Arcana del Sol Negro de Trawley, una sociedad secreta dedicada al ocultismo? ¿Por eso los hombres de Trawley se habían colado sin miramientos en el teatro?

Cuando el olor a incienso empezó a ahogar el tufo a ginebra del teatro, Awi Bubu le preguntó a Rata:

–¿Cómo te llamas?

–Rata.

–¿A qué te dedicas?

–Soy cazador de ratas.

En ese instante, me sentí aliviada de que no hubiera elegido a Will; se habría visto obligado a confesar que era carterista delante de esa multitud embrutecida.

–¿Dónde vives?

–En Nottingham Court, junto a Drury Lane.

El mago se giró hacia la audiencia.

–¿Qué os gustaría preguntarle al oráculo?

Varias manos se alzaron. ¿Cómo era posible que la gente fuera tan inocente? ¿No se daban cuenta de que era una panto-

mima? Pero nadie sospechaba nada. Todos agitaban los brazos en el aire con la esperanza de que Awi Bubu los eligiera.

–¿Volverá pronto el barco de mi padre? –preguntó un joven oficinista que agarraba su sombrero entre las manos.

–No. A finales de año entrará en prisión a causa de las deudas –entonó Rata en tono hueco.

Una mujer se puso en pie de un salto.

–¿Se pondrá bien mi hijo?

–Mejorará en cuanto llegue la lluvia el próximo martes.

La mujer cerró los ojos aliviada.

–¿A qué caballo debería apostar este sábado? –gritó un hombre.

–A Orgullo de la Mañana –respondió Rata.

El hombre, junto con la mitad de los asistentes del teatro, escribió rápidamente el nombre en un trozo de papel.

–¿Sucederán más cosas raras como lo de las momias? –preguntó un señor mayor y, con ello, provocó que todos los demás se quedaran en silencio.

Se produjo una pausa, a la que le siguió esto:

–El Sol Negro se elevará en un cielo rojo antes de caer a la Tierra, donde una gran serpiente se lo tragará.

Contuve un grito. ¡Eran las mismas palabras que yo le había dicho a Trawley! ¿Cómo lo sabía Rata? ¿Le habría pasado Awi Bubu una nota? ¿Se lo habría susurrado al oído? Evidentemente, esto demostraba que el mago era uno de los hombres de Trawley.

–Es hora de volver al mundo real, hijo mío –dijo Awi Bubu amablemente.

Rata parpadeó, se puso en pie trastabillando y lo miró con cierta vergüenza.

–¿Tendré la oportunidad de hacer magia? –preguntó.

–Acabas de hacerla –le informó Awi Bubu con delicadeza.

Entonces hizo una reverencia. La audiencia aplaudió y Rata se puso rojo como la grana hasta las orejas. Awi Bubu señaló a Rata y la audiencia aplaudió aún más fuerte. Mientras Rata volvía a su asiento, el mago hizo una última reverencia y las cortinas se cerraron.

La gente empezó a abandonar sus asientos y a dirigirse hacia las salidas, pero un hombre bajaba por el pasillo con paso decidido. Gerton había burlado al portero. Me volví rápidamente hacia Will.

–¿Crees que podríamos colarnos entre bambalinas? Me gustaría conocer a este mago que tanto te gusta.

A Will se le iluminó la cara.

–Es increíble, ¿verdad, señorita? Ya le dije que podía ser algo más que el chico de los recados. Tengo instinto para estas cosas.

–Eh, sí, es verdad –accedí–. ¿Vamos? –pregunté tras mirar de nuevo a Gerton, que cada vez estaba más cerca.

–Seguro que Rata puede llevarnos a los camerinos. Vamos a preguntarle.

Nos acercamos al escenario y alcanzamos a Rata cuando acababa de bajar los escalones. Todavía parecía algo descolocado y avergonzado.

–¿De verdad he hecho magia? –preguntó.

–¡Pues claro, chaval! Has soltado un montón de cosas. –El rostro enjuto de Rata se iluminó de alegría–. ¿Crees que podrías colarnos entre bambalinas? Sabes cómo llegar, ¿no, Rata?

Rata asintió.

–Claro.

Will se volvió hacia Mocosó.

–Vigila la salida para que no se cierre hasta que no terminemos aquí.

Tras echar un vistazo rápido a su alrededor, Rata nos llevó a Will y a mí por una puertecita que se abría a la izquierda del escenario. Miré por encima del hombro: Gerton seguía buscando entre el público, intentando dar conmigo.

Como si hubiera sentido mi mirada, alzó la vista en mi dirección.

Me apresuré a entrar por la puerta con la esperanza de que no me hubiera visto.

CAPÍTULO 2

LA COSA SE PONE INTERESANTE



El sitio era pequeño, estaba oscuro y olía a ratones. Ya recompuesto, Rata nos llevó por un intrincado laberinto de pasillos.

–¿Cómo se maneja tan bien? –le pregunté a Will.

–Estuvo trabajando aquí, señorita. Cuando eres cazador de ratas, te mueves por un montón de sitios.

Las palabras de Will me transmitieron cierto desasosiego. Me arriesgué a mirar hacia atrás, con miedo a que nos estuviera persiguiendo una rata gigante, pero no distinguí nada en la oscuridad.

Will se detuvo de golpe y, como estaba más atenta a la retaguardia, me topé con él con un «puf».

–Tenga cuidado, señorita. Aquí hay gente.

De hecho, oí las voces y los pasos apresurados que iban de un lado a otro.

Las bambalinas eran un conjunto enrevesado de habitaciones diminutas y armarios que daban a un pasillo torcido. Para

empeorar las cosas, todo el suelo estaba inclinado hacia la derecha. En el ambiente se respiraba un leve hedor a sudor rancio y a humo de pipa.

Rata se llevó un dedo a los labios y señaló una puerta que estaba ligeramente entreabierta.

–La recaudación está bajando –decía una voz.

Si no me equivocaba (y casi nunca lo hacía), era el narrador. Usaba la misma entonación en las vocales y tenía ese tono típico de orador.

–Algunos días son mejores que otros, ¿no? –esta voz era más suave y tenía un acento rítmico, ¿sería la de Awi Bubu?–. Y, además, las actuaciones de día nunca se dan tan bien como las de la noche.

–Es posible. Pero el objetivo de tener a un extranjero con nosotros es aumentar los beneficios. Si no eres capaz de hacerlo, buscaré a otro.

–Habéis tenido tres semanas con muy buenos beneficios.

–Y quiero tres más. Asegúrate de que siga entrando dinero o esa momia que tienes y tú ya os estáis largando de aquí.

–No lo dices en serio.

Me encogí, convencida de que el otro empezaría a gritar que claro que lo decía en serio. Sin embargo, tras una larga pausa, volvió a hablar:

–Tienes razón. No es verdad. Simplemente, trata de recaudar más de lo que hemos ganado hoy.

Antes de que reaccionáramos los tres cotillas que estábamos escuchando, el narrador salió a toda velocidad de la habitación y se acercó a nosotros.

Sorprendidos, nos miramos los unos a los otros hasta que mi instinto se puso en marcha.

–¿Está aquí el gran Awi Bubu? –pregunté con un deje de emoción en la voz–. ¿Cree que podríamos pasar a hablar con él?

Junté las manos como si estuviera rogándoselo. El narrador se quedó desconcertado durante unos instantes, pero, al final, se encogió de hombros.

–Me da igual lo que hagáis, siempre y cuando estéis fuera dentro de cinco minutos.

Pasó a nuestro lado y nos quedamos mirando la puerta.

–Venga, adelante –me instó Will–. Ya has oído a ese hombre. Solo tenemos cinco minutos.

De repente, sentí vergüenza. ¿Qué le iba a decir al mago? «Oye, tú, ¿estabas usando magia egipcia de verdad? ¿Por casualidad eres miembro de la Orden Arcana del Sol Negro?».

–¿Queréis hacer el favor de pasar y dejar de husmear en mi puerta? –exclamó el mago.

Los tres nos quedamos petrificados y, al fin, entramos en la habitación como un pequeño rebaño de ovejas.

–¿Cómo ha sabido que estábamos ahí, señor? –preguntó Will con los ojos como platos. Iban a salirse de las cuencas si seguía así.

–¿Ha usado magia egipcia con nosotros? –preguntó Rata con ansia.

–Me temo que no he usado ningún método emocionante. He oído lo que le decíais al gerente.

Mientras hablaba, su mirada reparó en mí. Parpadeó dos veces y preguntó:

–¿En qué puede servirnos el humilde Awi Bubu?

–¡Guau! –soltó Rata, que ignoró la pregunta del hombre. Tenía la mirada fija en un cuerpo envuelto en telas que estaba apoyado contra la pared–. ¿Es esta la momia que usa en el escenario?

Resultaba tan evidente que era falsa que no pude evitar soltar un resoplido. Awi Bubu ladeó la cabeza y me miró de arriba abajo.

–¿No cree en las momias, señorita?

–Por supuesto que sí, pero en las auténticas, no en las falsas como esta. –Me volví hacia Rata–. Es totalmente falsa. Adelante, tócala. Con su permiso, por supuesto –añadí de mala gana.

Awi Bubu asintió. Sus ojos negros y resplandecientes seguían fijos en mí.

–Cómo no.

Will agarró a Rata y lo obligó a apartarse.

–Este no va a tocar nada. De ninguna manera, señorita. Seguro que le cae una maldición. Usted debería saberlo mejor que nadie.

Sentí que la mirada de Awi Bubu se endurecía todavía más.

–Por eso mismo, Will. Yo lo sé mejor que nadie, y es evidente que es falsa. Mirad. –Suspiré exasperada, me acerqué a la pared y toqué en el estómago al cuerpo envuelto (me negaba a llamarlo momia).

El cuerpo gruñó, lo que sobresaltó a Will y a Rata de tal manera que pegaron un chillido y se alejaron de un salto.

–¿Veis? –les dije–. Las momias de verdad no gruñen. Y no están blandas como esta. Es un hombre envuelto en tela, como os dije.

–Dejad que os presente a Kimosiri, mi ayudante –dijo Awi Bubu.

El hombre, de gran altura, alzó una mano y empezó a desenvolver las tiras de la cabeza, dejando a la vista un burdo rostro alargado de piel arrugada y pequeños ojos negros.

–Encantada de conocerlo –dije.

El hombre asintió con solemnidad.

–Veo que la señorita es algo escéptica –intervino Awi Bubu–. Me pregunto cómo se ha convertido en una experta en momias.

La habitación se volvió más cálida y, durante un breve instante, me descubrí a mí misma deseando contarle todo lo que sabía sobre las momias y la magia egipcia. En su lugar, respondí:

–Qué curioso, señor, eso mismo quería preguntarle yo. Alguno de los trucos que ha usado son recreaciones muy auténticas de antiguos rituales egipcios. ¿Cómo ha aprendido esas cosas?

–Ah, pero yo he preguntado primero, ¿no es así? ¿Qué le parece un intercambio de información?

–De acuerdo –contesté con la intención de contarle lo menos posible–. Mis padres tienen un museo con exposiciones egipcias. Como paso allí mucho tiempo, he aprendido un par de cosas sobre el antiguo Egipto. Ahora le toca a usted.

–Me temo que en mi pasado no hay nada tan interesante como un museo. Solo soy un pobre exiliado de mi propio país, Egipto, como habrá supuesto. Cuando me vi en una tierra extranjera sin forma de sobrevivir... En fin, uno debe ganarse el pan como puede. –Dirigió una mirada a Rata y a Will y, de repente, temí que descubriera que Will era o había sido carterista. Luego me di cuenta de que estaba siendo estúpida. Seguramente se estaría refiriendo a la profesión de Rata–. ¿Cuál de mis trucos ha impresionado más a la señorita? –Me dedicó una sonrisa que dejó entrever un diente de oro–. Está claro que no fue la actuación de la momia.

–Pues no –no quería hacerle saber qué era lo que me había alertado exactamente–. Fue el truco del oráculo, el que usó con Rata.

–Ah.

¿Era mi impresión o su rostro se había relajado un poco?

–De hecho, quería preguntarle si por casualidad conoce a Aloysius Trawley. Le he visto hacer el mismo truco.

–Por desgracia, no conozco a ese tal señor Trawley, y me duele saber que no soy el único que practica este ritual en Londres. Sin embargo, siento curiosidad. ¿Cómo es posible que sepa tanto sobre los antiguos rituales egipcios?

¡Porras! Ese era el problema de hacer preguntas. A veces una revelaba más de lo que debía.

–Ya se lo he dicho: mis padres tienen un museo.

–Sí, pero, normalmente, los museos no suelen informar sobre los rituales que llevaban a cabo los sacerdotes del antiguo Egipto.

Dejé pasar la pregunta por el momento.

–Lo que Rata dijo sobre el sol negro y el cielo rojo, ¿es algo que obliga a decir a todos sus voluntarios?

Awi Bubu se volvió hacia Rata.

–¿Te obligué a que dijeras eso?

Rata negó con la cabeza. El mago abrió los brazos de par en par.

–No dije más que lo que la audiencia y usted oyeron. ¿Esas palabras significan algo para usted?

–Claro que no –mentí–. Solo digo que eran extrañas.

–Dígame, ¿qué museo es el que tienen los padres de la señorita? Puede que les haga una visita la próxima vez que sienta nostalgia de mi país.

–El Museo Británico –la mentira salió de mis labios como un sapo desbocado. Will dio un respingo y se giró para mirarme. Antes de que hubiera más preguntas, le dediqué una breve reverencia–. Muchas gracias por tomarse la molestia de hablar con

nosotros. Ha sido un placer, pero su gerente nos dijo que solo podíamos estar cinco minutos y no queremos entretenerlo.

Agarré a Will del brazo y nos dirigimos a la puerta con Rata pisándonos los talones.

–¡Adiós, señorita! Ha sido todo un honor recibir su visita –la voz burlona de Awi Bubu nos persiguió según salíamos al pasillo.

Mientras Rata nos llevaba a la salida más cercana, me di cuenta de que la conversación no me había aportado tanta información como esperaba. No me quedaba más opción que catalogar como coincidencia las similitudes entre la predicción de Rata y la mía. El único problema era que no me entusiasmaban las coincidencias.

Nos reunimos con Mocosó y, cuando ya estábamos fuera, le pregunté de nuevo a Rata con la esperanza de que, como Awi Bubu no estaba presente, se sintiera libre de contarme la verdad.

–No, señorita. No me susurró nada al oído ni me pasó una nota.

–Rata no podría leer ninguna nota, por mucho que Awi Bubu se la pasara. No sabe leer.

–Ah –no supe qué otra cosa responder a eso.

Will le indicó a sus hermanos que siguieran adelante y me apartó a un lado.

–Bueno, ¿qué le parece?

–¿El qué?

–¡Pues el mago, qué va a ser!

–Es fascinante.

–¿No cree que eso demuestra que tengo buen olfato para la magia egipcia? ¿No cree que podría tener futuro en la Hermandad como algo más que como chico de los recados?

–Por supuesto que sí –respondí.

Por desgracia, no me tocaba a mí decidirlo. Era cosa de lord Wigmore, el director de la Venerable Hermandad de los Guardianes.

–Entonces, hablará bien de mí la próxima vez que vea a Wiggy, ¿verdad?

Tenía la seguridad de que a un grupo de hombres dedicados a proteger su país de la influencia de la magia arcana y las maldiciones no le iba a importar un pepino el teatro Alcázar ni los magos de tres al cuarto. No obstante, le prometí que hablaría con Wigmore, dejé a Will con sus hermanos y empecé la caminata de vuelta al museo.

Mi mente daba vueltas sin parar tratando de averiguar quién sería en realidad Awi Bubu. Supongo que era posible que los rituales del antiguo Egipto fueran conocidos entre los egipcios. Sin embargo, ese era uno de los motivos por los que la arqueología era tan emocionante: revelaba los secretos del pasado, aquellos que hasta los propios egipcios habían olvidado sobre su historia, así que esa explicación no me cuadraba mucho. Parecía más probable que no quisiera confesar que era un miembro del Sol Negro. O quizá, pensé mientras frenaba el paso, era un topo de las Serpientes del Caos. Ellos también sabían un montón sobre magia egipcia. Y se dedicaban a usarla para sumir a nuestro mundo en... Bueno, en el caos.

Cuando volví la esquina de la calle Phoenix, detecté un atisbo de movimiento en los alrededores y, entonces, un hombre empezó a caminar detrás de mí. Pensé que sería Gerton, pero no estaba segura. Sea como fuere, no eran buenas noticias.

Media manzana después, un segundo hombre salió de un soportal en cuanto pasé por su lado. Mantuve la vista al frente y

finjí que no lo había visto. Si los ignoraba, tal vez podría volver al museo sin provocar un enfrentamiento.

Sin embargo, cuando Basil Whiting, el número dos de Trawley, salió de un callejón y se apoyó contra una farola para cortarme esa vía de salida, me di cuenta de que no solo me habían encontrado los Escorpiones, sino que no iban a dejarme escapar.

CAPÍTULO 3

ESCORPIONES A LA FUGA



Vaya. Esperaba evitar otra reunión con el maestro supremo de la Orden Arcana del Sol Negro durante más tiempo. Lo que me quedaba de vida, a ser posible. De hecho, por eso le había costado a Will tanto tiempo convencerme de ir al Alcázar a ver a Awi Bubu: trataba de evitar a Trawley. Estaba más loco que una cabra y convencido de que yo era la reencarnación de Isis y tenía poderes mágicos. Por supuesto, todo eso no eran más que paparruchas; pero, aun así, tenía la mala costumbre de secuestrarme por la calle.

Whiting se separó de la farola y se acercó a mí a paso lento. Se detuvo cuando un carruaje negro enfiló la calle y pasó de largo y, justo cuando empezaba a ponerse de nuevo en movimiento, frenó bruscamente junto a la acera, a unos metros de Whiting.

«Ay, por favor, más refuerzos no», pensé. Estaba claro que tres hombres hechos y derechos contra una niña de once años ya tenían la balanza a su favor. Un momento. Conocía aquel

carruaje. Estaba reluciente y más limpio que una patena y era totalmente negro; pertenecía a la Venerable Hermandad de Guardianes. Se abrió la puerta y un rostro cansado y familiar, con un espeso bigote canoso y unos solemnes ojos azules, reparó en mi presencia.

–¿Theodosia?

–¡Lord Wigmere! –la voz se me rompió en un leve sollozo de alivio y salí pitando hacia el carruaje dando un rodeo para evitar a Whiting.

–¿Qué demonios estás haciendo en esta zona de la ciudad, chiquilla?

–He ido a una actuación de magia –expliqué mirando con anhelo el interior del carruaje.

–Anda, entra. Este barrio no es seguro para que una niña ande por ahí sola. El peligro ya te acecha bastante; no hay necesidad de ser imprudente.

–No es culpa mía, señor. Los problemas parecen seguirme allá donde vaya –dije al subir de un salto al carruaje. Me senté en el asiento de enfrente y me alisé la falda para ocultar que me temblaban las manos. Habían estado a punto de conseguirlo–. Gracias, señor.

Durante un instante, pensé en contarle que los Escorpiones me estaban siguiendo, pero no quería llevarme otra regañina. Además, hacía ya un tiempo que me dijo que eran inofensivos. Molestos, pero inofensivos.

Wigmere dio un golpe en el techo con el bastón y el carruaje arrancó. Aunque iba impecablemente vestido con un abrigo largo y sombrero de copa, parecía mayor que la última vez que lo había visto. Más preocupado.

–Nunca pensé que te interesarían los trucos y la magia de

poca monta –dijo.

De perdidos, al río.

–Fue por Will, señor. Había dado con un espectáculo de magia egipcia bastante sospechoso y quería ver qué pensaba yo al respecto.

Wigmere resopló tras el bigote.

–¡Qué muchacho! No tiene ni idea de a qué nos enfrentamos. Se piensa que está en una novelucha cualquiera y que forma parte de una gran aventura.

–Era un espectáculo de magia bastante insólito, señor.

–¡Bah!

–Y Will me fue de muchísima ayuda con el problema del Dreadnought –le recordé–. Nunca lo habría conseguido sin él.

–Aun así –intervino Wigmere–. Esto no es un pasatiempo y no quiero que lo considere como tal. Hay demasiado en juego. Incluida tu seguridad.

–Sí, señor.

En fin, lo había intentado.

–Hablando del Dreadnought... ¿Te contó Fagenbush las novedades sobre Bollingsworth y los demás?

–No, señor, para nada –respondí.

Wigmere se aclaró la garganta.

–Está bien. La buena noticia es que nuestros médicos del Nivel Seis han conseguido estabilizar el estado de Bollingsworth. Le llevará un tiempo, pero se recuperará de la maldición que recibió de esa cuerda tuya.

–¿Y luego qué le sucederá?

–Luego lo mandaremos a la cárcel más profunda y oscura que tengamos y tiraremos la llave.

–¿Cuáles son las malas noticias?

He aprendido que, cuando alguien empieza con buenas noticias, siempre le siguen otras malas.

–Por desgracia, no hay ni rastro de los hombres que escaparon del Dreadnought. Me temo que se han librado de esta.

Se me encogió el corazón.

–Me encantaría que alguna vez consiguiéramos pillarlos a todos –dije.

–Lo mismo digo. Pero que estén a la fuga no es más que otro motivo por el que deberías tener cuidado. Will y tú sois niños y, como tales, siento una responsabilidad mayor a la hora de manteneros a salvo. Todos los hombres de los que dispongo están buscando a las Serpientes del Caos. Aun así, uno de sus agentes podría seguir a Will hasta vuestro lugar de encuentro y echaros el guante. Y lo que es aún más importante que nada es que dejes a un lado tus desavenencias con Fagenbush y empieces a seguir instrucciones. Hablando del tema, todavía no me ha traído ningún informe tuyo.

Me sentí avergonzada y visiblemente incómoda.

–Verá, señor, no le apetece tratar mucho conmigo...

–Bobadas. Tratará con quien se le mande tratar. No hay cabida para la animadversión personal en la Hermandad, Theodosia. Nuestra misión es demasiado crítica para preocupaciones tan nimias.

Me taladró con sus penetrantes ojos azules como si buscara algún fallo o interés propio.

–Sí, señor –murmuré, aliviada al ver el Museo de Leyendas y Antigüedades.

–Excelente –asintió Wigmere, que relajó el rostro–. Entonces, espero recibir informes regulares de tu progreso por parte de Fagenbush.

El carruaje se detuvo en la acera, frente al museo. No quería que nadie me viera con Wigmere.

–Gracias por traerme, señor.

–No hay de qué. Pero intenta no meterte en los barrios más desfavorecidos, ¿de acuerdo?

–Sí, señor.

Me bajé y crucé la calle. Le estaba muy agradecida por haberme rescatado de los tipos del Sol Negro, pero podría haberse callado ese recordatorio impertinente sobre trabajar con Fagenbush. Aunque hacía poco que había descubierto que era uno de los Venerables Guardianes (¿en qué estarían pensando?), seguía tratando de ignorarlo todo lo posible.



De vuelta en el museo, decidí buscar a mis padres para ver si se preguntaban dónde me había metido. No estaban en la sala que usábamos como comedor ni en la sala de descanso de los empleados. Sus despachos también estaban vacíos, así que subí al taller del tercer piso. Me detuve en la puerta para escuchar.

–No sé por qué piensas que es imposible –decía mi madre–. Estoy segura de que podemos hablar con Maspero para conseguir una segunda entrevista. No creo que David tenga la última palabra en el asunto.

Agucé el oído. Estaban hablando de su trabajo en el Valle de los Reyes.

–Tienes más fe que yo en la dedicación del Servicio de Antigüedades de El Cairo, Henrietta. Dudo que nos vayan a ayudar.

–Pero lo descubrimos nosotros... –dijo mamá en voz baja, y se quedó en silencio.

La buena noticia era que no se habían dado cuenta de mi marcha. La mala, que no me habían echado de menos. Su falta de atención solía irritarme, pero he aprendido a aceptarlo como una especie de bendición. Me permite ocuparme de mis cosas sin tener que responder a un montón de preguntas incómodas. Y tenía muchas cosas que hacer.

Había al menos dos maldiciones, posiblemente tres, en la zona de carga. Tenía que levantarlas antes de que se inaugurara la nueva exposición. No podíamos arriesgarnos a maldecir a quién sabe cuántos visitantes que vinieran al museo. ¡Sería malo para el negocio!

Tras localizar a mis padres, me fui a mi pequeña alcoba del museo. En realidad, era poco más que un armario, pero me hacía sentir bien pensar que tenía mi espacio. Una vez allí, me quité el abrigo y me puse un delantal. Luego me quité los guantes de vestir y los sustituí por otros más recios. A continuación, comprobé que llevaba los tres amuletos bien colocados alrededor del cuello. Satisfecha con tener toda la protección posible, eché mano a mi kit de eliminación de maldiciones y me dirigí a la zona de carga.

Por fortuna, era domingo, así que no estaban en el museo ni Dolge ni Sweeny, los dos empleados, por lo que tenía para mí toda la zona de carga. Me puse manos a la obra inmediatamente.

Había habido un impactante número de objetos malditos entre las antigüedades que mamá había traído con ella unos meses antes. No recordaba haber visto tantas en un único porte.

El primer objeto de mi lista era una cesta llena de rocas negras talladas con forma de grano. Había descubierto esa maldición sin querer un día que había ido a la sala de empleados para hacerme un bocadillo de mermelada y me había encontrado todo el pan lleno de bichos. Cuando los examiné de cerca,

me di cuenta de que no eran bichos normales, sino diminutos escarabajos egipcios. Seguí la fina hilera de insectos hasta la zona de descarga. ¡Por favor! Bastante complicado era ya conseguir comida en el museo cuando mis padres estaban tan preocupados por su trabajo; no necesitaba que las maldiciones se llevaran la poquita comida que había.

Para esta maldición en concreto había necesitado investigar un montón, y solo había encontrado una similar en *Egipto secreto: magia, alquimia y ocultismo*, escrito por T. R. Nectanebo. Tuve que adaptar la receta a mis necesidades.

Dejé el maletín en el suelo y rebusqué entre mis suministros hasta que encontré un mortero y su maja, un bote de miel, una bolsita con tierra y un pastillero que la abuela había tirado a la basura. El ingrediente principal de la receta era la miel, porque uno de los principios de la magia egipcia es que los demonios aborrecen las cosas que les gustan a los humanos, como los dulces. Era muy común el método de usar dulces para espantar espíritus demoniacos y para la magia negra.

Vertí la miel en el mortero y añadí la cantidad exacta de tierra. Sentí un cosquilleo en la nuca, como si alguien me hubiera soplado. Me volví.

—¿Quién anda ahí? —me tembló la voz cuando el fino vello del cogote se me estremeció de nuevo.

Aunque no había nadie a la vista, estaba segura de que me estaban observando. Me asomé a los rincones más oscuros de la sala, pero no hubo ningún movimiento.

Seguían picándome los omóplatos. Me tapé la nariz y abrí el pastillero. La receta de Nectanebo exigía excremento de golondrina, aunque no logré dar con ninguna. No obstante, una bandada enorme de palomas solía anidar junto al museo, así que

había rascado los excrementos del suelo para meterlos en el pastillero. (¡Otro motivo por el que es importante ponerse guantes de trabajo a la hora de hacer magia!).

Con un palo, vertí los excrementos en el mortero y lo molí todo con la maja. Por último, tomé un trozo de pan y esparcí las migajas sobre la mezcla de miel y excrementos. Nectanebo decía que usar miel, migajas de pan y estiércol a la vez redirigiría a los miniescarabajos malditos del pan al estiércol. Esa era mi esperanza.

Dejé las rocas con forma de grano sobre la mesa y vertí la mezcla en el fondo de la cesta, como decían las instrucciones. Luego volví a meter los granos en la cesta y sanseacabó. Solo tenía que esperar tres días y la maldición se habría levantado por completo. Si no, la zona de carga iba a despedir una peste curiosa.

Sentí un escalofrío en los hombros y me volví de nuevo pensando que mamá o papá habrían bajado para ver qué andaba haciendo. Pero seguía sin haber nadie y no había ninguna puerta abierta que hubiera causado la corriente. Intranquila, llevé con rapidez la cesta a su sitio y metí los botes vacíos en mi bolsa. Me detuve cuando oí un ligero susurro.

Agucé el oído. Venía del rincón noroeste de la sala. Me asomé a la oscuridad. Había algo tenebroso acechándome. Volvió a emitir un susurro y, de un solo movimiento, arrojé el resto de suministros dentro de la bolsa.

Cuando me dirigía a la puerta, el susurro se hizo más sonoro. Por el raballo del ojo vi que la sombra se despegaba del techo y empezaba a arrastrarse hacia mí.

Aumenté el ritmo y salí por patas. Estaba claro que me quedaba mucho trabajo por hacer.